

FUENTES DE LA VIDA DE JESUS

(A PROPOSITO DE UN ENSAYO DEL DR. DIEGO CARBONELL).

PREFERIRIAMOS CALLAR; pero no es lícito permitir se pueda afirmar de nosotros que, pues callamos, otorgamos y damos por bueno cuanto el Dr. Diego Carbonell deja asentado en su reciente ensayo acerca de los "Testimonios paganos sobre Jesús. (1).

Siendo tanto más difícil edificar que destruir, y encontrándonos en el artículo aludido, entre algunos razonamientos, ya atinados, ya discutibles, multitud de afirmaciones inexactas o reprobables no respaldadas por razonamiento ninguno; no podemos ofrecer en un breve trabajo una refutación completa y razonada de cuanto merece nuestra desaprobación. Por el momento nos hemos de contentar con una mirada panorámica y un momento de atención sobre algunos puntos salientes.

Comienza el Dr. Carbonell por tributar un elogio, merecidísimo por cierto, a los apologistas católicos. Tanto es más de lamentar el que a continuación les vuelva las espaldas y apenas los cite sino para recoger algunas concesiones con que abonar las teorías de sus autores favoritos: el protestante francés **Mauricio Goguel** y el extravagante alemán **Arturo Drews**.

El resultado de esta predilección ha sido desastrosamente decisivo para la orientación del artículo, que, apuntando a ser de vulgarización científica, ha venido a parar pese a su aparente serenidad e imparcialidad, en propaganda anticristiana; ya que nos ofrece una visión del problema tomada, no desde el verdadero punto de vista, sino desde el falso y excéntrico de los hipercríticos.

Paréceme claro, en primer lugar, que el Dr. Carbonell no adolece de escrúpulos científicos. Al contrario. Sirva de ejemplo la cita que nos presenta, muy a su

(1) Revista de cultura venezolana, n. 41, Nov. y Dic. 1943, ps. 15-32.—

modo, de F. Prat. (2)

"Apenas si poseemos tres manuscritos (habla del testimonio de Flavio Josefo) (3), de los cuales el más antiguo es del siglo XI, pues si Eusebio lo cita dos veces, en cambio Orígenes parece ignorarlo...". Un poco de atención, lector. Orígenes (vivió de 185[6 a 254]5) parece ignorarlo, luego el más antiguo de los códices no es anterior al siglo XI. Pero ¿qué, el P. Prat fué esquizofrénico?. Confronto la cita y me encuentro naturalmente con que la dolencia no está en el autor citado.

Junto a la cita del P. Prat que nos afirma: "Eusebio lo cita dos veces" (el testimonio flaviano), encontramos otra tomada de Drews, con esta afirmación: "Eusebio de Cesarea no conocía el pasaje..." ¿Por qué el articulista no elimina esta negación desorientadora, anticientífica, consultando las fuentes? Eusebio cita el pasaje dos veces (4).

Pero esto es relativamente menudo. Ven-gamos a lo grave, que se encuentra precisamente en la columna vertebral del artículo, en el razonamiento que entraña. (5).

Hélo aquí con palabras del mismo autor: "Aquella tenacidad de los defensores de la fe cristiana, suele armarse... del testimonio pagano...". "Declaro, pues, que ese testimonio debe ser tanto o más valioso que la propia narración sinóptica"... Ahora bien: (5 b). "Podemos concluir... que, con algunas reservas, al menos Tácito se opone a la teoría de la no historicidad; y cuanto a los otros testimonios, ellos no ofrecerían material de importancia en la investigación y conociemien-

(2) Ib., ps. 19-20.—

(3) Antigüedades, 18, 3, 3.

(4) Eusebio, *Histor. eccles.* I, 11; *Demonstr. evang.* III 3.

(5) Ib., ps. 15-16.

(5 b) Ib., p. 31.

to de la vida de Jesús tal como ha sido trazada por la tradición evangélica".

No hay por qué ponderar la gravedad de tales afirmaciones ni enunciar sus consecuencias. El mismo autor se las calla, no sé si por demasiado evidentes, o por malsonantes.

Al disponernos a desmontar el bélico artefacto, nos sale al paso en primer término una ambigüedad, que es uno de los defectos más frecuentes y enfadosos con que no hemos tropezado a lo largo del artículo.

Sabemos lo que entienden especialistas y aficionados por "narración sinóptica". Nuestro articulista sin embargo, a juzgar por todo el contexto próximo y remoto, parece usar dicha expresión como sinónimo de "narración canónica".

Esto supuesto, desearíamos saber sobre qué cimientos descansa la primera, solemne afirmación del autor, que atribuye al testimonio pagano sobre Jesucristo, tanto o más valor que a la narración sinóptica. La fórmula que él emplea en su enunciación: "Declaro, pues...", es la característica de las conclusiones. Será, pues, conclusión del párrafo precedente. Repitamos su lectura. "Aquella tenacidad de los defensores de la fe cristiana, suele armarse... del testimonio pagano". Francamente en el uso que los apologistas católicos hacen del testimonio pagano, no encontramos el menor indicio favorable a la trascendental declaración que combatimos. Jamás los autores católicos han recurrido al testimonio pagano, como a única tabla de salvación, tras el naufragio universal de todos los demás documentos y razones favorables a la fe católica. "Hablen ellos. Fillion (6): "Los evangelios! Sentíamos impaciencia por llegar a ellos, porque ellos son, en fin de cuentas, nuestras verdaderas fuentes, nuestros documentos esenciales para el conocimiento y relato de la vida de Jesucristo". Dieckmann H. (7): "En manera alguna pretendemos que su testimonio (el de los paganos y judíos) haya de corroborar la autoridad histórica de los libros neotestamentarios". L. de Grandmaison (8): "Este conjunto de informes de origen pagano, podría parecer pobre y poco explícito; pero su origen y la claridad de los hechos que articula y las situaciones que supone, le dan una

importancia considerable. Sin embargo, no hay comparación posible entre este puñado de espigas y la mies abundosa de los documentos cristianos". Pero ¿a qué cansarse? Esta es la única posición lógica de cuantos autores defienden la historicidad siquiera sea de algunos de los libros del nuevo testamento, que son todos los católicos y muchísimos de entre los acatólicos.

Hemos venido a parar, traídos por la lógica, a la **historicidad del N. T.** Este es en realidad el punto central de nuestra controversia, y en general en nuestros días, el signo de contradicción, el vértice que separa dos mundos espirituales. Buscábamos la prueba de una afirmación. La hemos encontrado: consiste en otra afirmación que excluye o merma la historicidad de los libros neotestamentarios. En este punto, el Dr. Carbonell siente manifiestas simpatías por cierto agnosticismo histórico. Advirtiéndole que su opinión podría pesar poco en esta materia, se acoge a la de Goguel (9), bastante menguada por cierto, cuando pasada la hora de las afirmaciones, llega la de las pruebas. (10). Habla Goguel. "La fe cristiana afirma la santidad de Jesús; la historia no lo puede, porque la documentación de que ella dispone es demasiado fragmentaria...; lo que es imposible al historiador es posible al dogmático, y de su parte es legítimo: en nombre de la experiencia religiosa y de la intuición mística, hay el derecho de afirmar la santidad de Jesús..."

En estas palabras encuentra el Dr. Carbonell "una verdad de metodología y de prudencia". A quien tuviere medianamente desarrollado el instinto católico, le parecerá, al oírlas, que el suelo se tambalea. Es que navegamos por los mares inestables, fluctuantes, del protestantismo liberal: desprecio exagerado del elemento histórico; aprecio exagerado del elemento subjetivo. Lo cual no es ni verdad, ni metodología, ni prudencia. Eso sí: es natural, sobradamente natural. El naturalismo es precisamente su dañada raíz, (11). Tanto más vivaz cuanto más libertaria. El capricho personal ensancha sus fronteras a manera que se recorta y diluye la persona histórica de Jesucristo, y se encomienda su moldeamiento a la **experiencia religiosa**.

Por si el clavo del escepticismo histórico

(6) L. Cl. Fillion, Vie de N. S. Jesús —Ch., Paris 1929, I, 35.

(7) De revelatione christiana, Friburgo de B. 1930, p. 370.

(8) Jesucristo (trad. de J. Sendra), Barcelona 1932, p. 49.

(9) Ib. p. 16.

(10) C. Lavergne, Le Christ, enciclopedia de Bardy y Tricot, Paris, 1932, 239.

(11) Dieckmann H., De revelatione christiana, p. 338 y ss.

no había quedado suficientemente hincado con el peso doctoral de Goguel, viene a descargar sus golpes sobre él otra cita de H. Roger, pero tan desatinadamente que, lejos de asegurarle, le hace saltar, al ponernos de manifiesto su incontenible afán de negar. Nos lanza su reto: "Poseemos nosotros los documentos suficientes para escribir una historia de Jesucristo?" Responda por nosotros E. Renán: en el último capítulo de su última obra: (12). "Se podría escribir una pequeña Vida de Jesús con las epístolas a los Romanos, a los Corintios y a los Gálatas; y con la epístola a los Hebreos..." Y Grandmaison: (13). En cuanto a las grandes epístolas de la madurez (Gálatas, 1a. y 2a., a los Corintios, y a los Romanos) no hay documento de historia más sólidamente establecido, bien se consideren las atestaciones antiguas de que fueron objeto, bien su contenido. Las dudas sugeridas sobre ellas, por algunos hijos pródigos de la escuela neerlandesa no han logrado conmover a los sabios dignos de este nombre, y un exégeta tan radical como A. Jülicher no quiere ver en estas fantasías más que un acceso inofensivo por otra parte, de *delirium crítico*".

Pero el inofensivo delirio crítico parece haber contagiado al Dr. Roger. "Los evangelios... —asegura— nadie osaría sostener que hayan sido escritos por testigos oculares". ¿Nadie? Cuanto al Evangelio de S. Juan, uno de los libros sagrados más discutidos en los modernos tiempos, todos los católicos y buen número de acatólicos. (14). Fuera de que no es necesaria esta procedencia para la historicidad.

Tras esta primera parte que, destinada por el autor a enfocar la cuestión, no logra sino desenfocarla conforme a lo expuesto; viene el examen de los testimonios paganos, los cuales quedan bastante maltratados y despreciados por el espíritu de

(12) Histoire du peuple d'Israel. (Paris, 1894) t. v, c. 18, p. 416.

(13) Jesucristo (Trad. por J. Fendra) Barcelona, 1932. p. 54.

(14) Rosadini.— Institutiones introd. in Libros N. T. Ed. 4. Roma. 1931. pgs. 208-9 detenernos en todos; la exposición de algu-

negación que dirige su estudio. No podemos exigir un artículo entero. Un momento siquiera de atención sobre el trato que se dispensa al testimonio de Flavio Josefo antes citado, el cual, dicho sea de paso, es comúnmente estudiado por los tratadistas, y con razón, entre los testimonios judíos, no entre los paganos.

Aquí Drews se nos presenta en toda su ciega agresividad. No se contenta con destruir su valor positivo. Trata de convertirlo en arma ofensiva con que asesinar hasta la misma fe en la existencia histórica de Jesucristo. Compendiemos su razonamiento. (15). El testimonio de Flavio Josefo es —dice— interpolado; luego Josefo no dijo palabra ni de Jesucristo ni de los cristianos; luego ignoró su existencia; luego no existió ni el pretendido fundador ni la tal secta de cristianos.

Sé que entre cada una de las afirmaciones apuntadas, se puede meter y se debe sobreentender mucha letra menuda en pro y en contra. Pero en todo caso lo que salta a la vista es el desenfrenado afán de destruir. No excede de la probabilidad la opinión que supone interpolada en el pasaje la parte más favorable al Cristianismo. Menos probable aún es que todo el pasaje se deba a una mano cristiana y no a la de Josefo.

Pero ¿le podemos conceder al adversario aun esta trinchera. ¿Cómo se las compondría Drews para demostrarnos que el falsificador cristiano interpoló sencillamente? ¿Cómo nos probará que no sustituyó otro pasaje de Josefo no tan favorable al cristianismo? Concedamos aún más. Supongamos que Josefo no escribió ni palabra de Jesucristo ni de los cristianos. ¿Cómo nos probará que no escribió de ellos precisamente porque los desconoció, y que los desconoció porque no existieron hasta el momento de la composición de sus *Antigüedades* (a. 93|4 p. C.)?

Cargar una negación tan voluminosa sobre semejante tinglado de problemáticas probabilidades, es pretender asentar la cúpula vaticana sobre un castillo de naipes.

(15) Ib. pgs. 20, 21.